

Mujeres coloniales vistas por una francesa 1¹

Escenas de mujeres

Alrededor del aljibe que ocupa el centro del patio, bellas jóvenes pardas y mulatas sacan agua con la que llenan tinajas de tierra roja. Llevan la cabeza envuelta en un pañuelo llamado rebozo de colores muy vivos. Otras pisan maíz para mazamorra que se cuece en ollas sostenidas por ladrillos. Todo el ajuar culinario lo componen una o dos cacerolas de cobre, un cuchillo y algunas conchas de nácar que hacen de cucharones. La cocina misma está constituida a menudo por un techo de cañas o palmas sostenido por pilares macizos. Una cocina cerrada con puertas y ventanas es un lujo inusitado y se volvería poco atractiva con sus paredes ahumadas y cubiertas de hollín.

Los patios tienen naranjos. Los niños juegan en él. Algo más lejos una criolla elegante ha colgado un espejito de una columna que sostiene el techo de su casa y frente al espejo se alisa y arregla la magnífica cabellera con cierta gracia, arte que todas las españolas manejan en mayor o menor medida. Algunas viejas sentadas en la veranda, lían sobre sus rodillas hojas de tabaco dorado, dulce y casi perfumado. Con ellas hacen enormes cigarros y se pone a fumar. A pocos pasos una joven india (si la casa no es porteña), sentada sobre sus talones, vigila el agua que silba en una pava. Tiene a mano el calabacín del mate montado en plata en el cual su patrona ha puesto la yerba y el azúcar, y al que solo le falta el agua para ser ofrecido a las fumadoras que lo alternarán con el cigarro. En la misma veranda algunas jovencitas bordan y hacen encaje.

La inteligencia de las criollas

Si bien no son muy cultivadas y tienen poca instrucción, tienen mucha educación. Desde muy jóvenes, a menudo casi niñas, dan pruebas de poseer mucho tacto, juicio y buen sentido. Poseen espíritu observador, excelente memoria, habilidad prodigiosa para todas las actividades de su sexo, gran facilidad para aprender y mucha inteligencia natural.

Un día de verano en la vida de una dama criolla

La mujer criolla se levanta muy temprano para asistir a misa y aprovechar el fresco. Pasa la mañana entregada a sus labores manuales y a los menesteres de la casa, hasta la hora de la “vispera” : la comida del mediodía que generalmente se sirve a las dos de la tarde. A esa hora la ciudad parece muerta, las puertas están cerradas. “No se ve nadie, excepto los perros y algún francés”, dicen los vecinos porque los franceses tienen fama de desafiar el calor de la siesta. La siesta es indispensable para la salud, según los criollos.

Después de la siesta viene el baño en el río, luego la *toilette* en casa, la cena y con el fresco de la noche, empiezan las visitas. La dama que no sale de visita se sienta a la puerta de su casa. Las calles antes desiertas cobran vida. Se abren las puertas y las ventanas de grandes rejas. En cada umbral se ve una hermosa dama muy acicalada y peinada con el particular estilo español. Durante el día las mujeres visten una sencilla bata de percal o muselina pero con el anochecer

¹ Tomado del diario de viaje de Lina Beck-Bernard, suiza-francesa, que vino a la Argentina entre 1857 y 1861 acompañando a su marido que era ingeniero agrícola contratado por el gobierno argentino para diseñar el plan de instalación de colonias agrícolas en el Litoral. El texto se llamó “*Le río Paraná: cinq années de séjour dans la République Argentine*” editado en 1864 en París con un éxito tal que impulsa a Lina a dedicarse definitivamente a la escritura.

llega también la elegancia; hasta en las casa mas pobres se engalanan. Hermosas jóvenes pardas o mulatas, hermanas y primas que viven juntas suelen compartir un único vestido de seda, un par de aros de topacio y perlas y un sólo abanico de marfil dorado. Se turnan, entonces, para lucir, cada una, esas magnificencias y pavonearse en la puerta de su humilde vivienda.

La casa de una dama criolla

Las salas suelen estar bien amuebladas, al igual que un dormitorio muy elegante que generalmente está contiguo a la sala. En él puede verse un soberbio lecho de bronce rodeado de cortinas de seda, un gran armario con espejo y un tocador de mármol blanco con jarrones de porcelana de Sèvres. Pero los habitantes de la casa no usan esos lujos: duermen en una pieza contigua sobre un catre de lona. Ese cuarto lujoso lo llaman “apósito” y en él se encuentra casi siempre una jaula de vidrio que tiene dentro un niño Jesús de madera pintada o de cera acostado entre conchillas y flores. Es el Nacimiento que para Navidad lo adornan con todo tipo de estatuillas y jarrones, hasta pueden poner una estatua de Napoleón. Suspenden del techo nubes de gasa azul salpicadas con estrellas de papel plateado. Los reyes Magos y los pastores son representados con las formas mas grotescas. En esos día cualquiera puede entrar al aposento para apreciar el pesebre.

El aposento se muestra siempre abriendo las ventanas y encendiendo muchas velas en él para que se vea desde la calle: es pura ostensión. En las casas suelen vivir tres o cuatro generaciones: abuela, bisabuela, madre, hijas y nietos. Como se casan muy jóvenes las mujeres (es frecuente encontrar abuelas de 32 o 33 años, tíos y sobrinos de la misma edad, etc.) permanecen los primeros años de matrimonio con sus madres. Los maridos se ven obligados a largas ausencias debido a los trabajos en las estancias, el comercio o la guerra. A pesar de ser familias muy numerosas es costumbre adoptar niños. Ni bien muere una mujer joven, sus hijos son recogidos por alguna familia a las pocas horas: llaman a los niños “criaturas de Dios” y no hacen diferencia entre ellos y sus hijos propios.

Todos se llevan bien en la gran casa: hay tolerancia, indulgencia y atenciones mutuas. Esto se debe a cierta despreocupación de los criollos por la disciplina. Con pocas excepciones, las mujeres son reinas y señoras en el interior de las casas y ejercen su gobierno de una manera poco constitucional. Son por lo general muy buenas y amables, abnegadas y fieles en sus amistades, sumisas a la voluntad de Dios. Son todas aficionadas a las plantas y a las flores que cultivan en sus jardines, donde entre naranjos y limoneros y laureles es dado encontrar magníficas rosas y claveles soberbios (eran muy difíciles de cultivar). El visitante nunca se va con las manos vacías: la dueña corta las flores más bellas y las regala con ternura. Las damas criollo-españolas tienen otra pasión: los niños y niñas. Y si éstos son rubios los colman de flores y confituras, les dicen : “Venga aquí, mis ojos, mi vida, mi joya, niño de mi corazón, criatura preciosa”

Un baile en el Cabildo, por ejemplo, o en una casa señorial

Las jóvenes entran en grupos o acompañadas por sus madres (como son todas muy jóvenes hacen un cuadro admirable). La mayoría son bellas (típico en la raza criollo-española) y están arregladas con lujo. Sus cabellos son abundantes y brillantes. Sus ojos aterciopelados están acentuados por espesas pestañas. Tienen un porte señorial que envidiaría cualquier francesa. La concurrencia es observada desde afuera por los curiosos que no están invitados y que pertenecen a la clase más baja. Estos curiosos se acercan en familias hasta con sus perros que por lo general se cuelan por la puerta y van hasta alguna mesa a robar un bocado o hasta alguna dama a mendigar caricias. Nadie se hace problemas y el dueño del perro entra en

cucullas y se lo lleva. Al baile también llevan las damas sus perritos falderos (tipo Susana Giménez). También llevaban al baile a una esclava o una india de confianza (a veces también ésta llevaba a su bebé). La india o la esclava se ubicaba detrás de su dueña y se quedaba parada toda la noche. Es decir, contrastaban el lujo de la vestimenta de la dueña con los harapos de la esclava. Se sirven refrescos que prefieren las jóvenes y también mate que prefieren las señoras. El baile termina cerca de las cuatro de la mañana.

La religión de las damas criollas

A los siete años envía a las niñas a confesarse y a los 12, sin instrucción, les dan la primera comunión. A partir de ahí, a las chicas se las instruye en los secretos de las pompas religiosas: tejer manojos de palmas y componer ramos de flores para los altares. Su madre, su tía, su abuela forman parte de alguna congregación de “señoras vestidoras” que tienen el privilegio de guardar en su casa, dentro de un cofre precioso, alguna de las prendas con las que se vestirá una virgen o un santo el día de la fiesta correspondiente. Ese día la jovencita, con sus mejores galas, sigue la procesión y se arrodilla ante el pórtico de la iglesia para escuchar el sermón y luego vuelve a su casa a colocar flores en las estatuillas que están en su cuarto. Esto lo realizan tanto las de clase alta como las de clase baja, claro que sin el privilegio de ser “vestidoras”.

El matrimonio las sorprende cuando todavía son unas niñas y esto las expone a pruebas y conflictos. Llegan a la vejez sin conocer otro alimento espiritual que las ceremonias y pompas que las han encantado (hasta divertido) desde niñas. Quizás por esto sea que demuestran tanta fe y devoción. Sin embargo creen en Dios para cualquier cosa. Una señora un día dijo frente a la Virgen: “Virgen Santísima, ayudame para que estos almíbares no se me echen a perder”. También son supersticiosas. Por ejemplo si van a tomar cualquier remedio, lo hacen invariablemente 3 veces, cueste lo que cueste, en honor de la Santísima Trinidad: tres gotas, tres cucharadas de polvo, tres emplastos, etc. Dicen de los miembros de las religiones protestantes que no creen en los santos y las vírgenes que deben de tener más fe que ellas pues ellas, por si acaso el señor Jesucristo les falla, le piden a los santos también. También desconfían de los santos: les hacen la promesa pero sólo la cumplen después que éste les concedió la gracia. Una dama decía “¿Quién te dice que los santos, una vez que tengan sus ofrendas, no se olviden de cumplir la promesa? También saben que los curas son tramposos y se aprovechan de los dineros que ellas les dan.

Las ceremonias de Semana Santa son la ocasión más esperada por las damas para lucir sus lujos y vestidos en las procesiones. Toda una multitud centelleante por las calles. Se ven pocos hombres participando de las procesiones pero todos están mirando a las damas. Para cada procesión se van a cambiar de ropa, lo mismo para cada ceremonia. Tener en cuenta que son cuatro días con muchas cosas que hacer, por ejemplo las siete iglesias que hay que visitar (es recomendable cambiarse de ropa entre cada una), hay oficio de tinieblas, de todo, de resurrección. Además la Semana Santa empieza con el domingo de ramos, y todos los rituales de la cuaresma (40 días de rezos después del carnaval), todo un lucimiento.

Las madres criollas

Esta debilidad de las damas por los niños hace que sean indulgentes y les permitan hacer absolutamente lo que quieran sin obligarlos a pedir permiso para nada. Esto, sin embargo, no hace que sean atrevidos ni caprichosos: al salir de su casa siempre piden la “bendición”.